



Las universidades frente al conservadurismo

Existe un incremento reciente de corrientes de pensamiento conservador que impulsan a su vez movimientos sociales amplios que se expresan en el terreno electoral, o bien en la formación de identidades raciales o religiosas irreconciliables entre sí. Dichas corrientes, en ocasiones, generan enfrentamientos violentos.

No sólo en el caso de la sociedad estadounidense, al que se refiere James A. Morone¹, sino que a nivel mundial, las desigualdades creadas en la sociedad en el proceso de globalización, la enorme concentración de la riqueza en pocas manos, el abandono de ramas enteras de la producción, la polarización creciente entre identidades políticas, la pobreza urbana y la rural, son el caldo de cultivo para el fortalecimiento de un conservadurismo que se muestra feroz. Agraviado también por la intensidad de las transformaciones en el ámbito familiar y de género, por la multiplicación de los feminismos, por la presencia de una inmigración masiva, por el surgimiento de nuevos núcleos de acumulación capitalista entre otros fenómenos.

Los conservadurismos globales buscaron su unificación contra las élites gobernantes. Fortalecido, heredero de un profundo desprecio por el mundo de los intelectuales, enemigo de valores sociales, desconfiado de los poseedores del conocimiento científico, este movimiento decidió subordinar a las universidades y a los académicos, para orientarlos a la defensa de sus propios intereses.

En este escenario ideológico ampliamente difundido por numerosos medios de comunicación corporativos y una miríada de portavoces en plataformas digitales, quienes sustentan valores liberales y de izquierda son señalados por estos movimientos como élites corruptas, peligrosos radicales que integran las filas del enemigo interno cuya influencia tendrá que ser eliminada en la sociedad.

Este cuerpo doctrinario se ha estructurado a partir de la religiosidad cristiana, considerada como fundamento moral e histórico de la nación, por lo que son la “devoción religiosa y la espiritualidad las grandes fuentes de felicidad”², a lo que se añade una doctrina nacionalista excluyente de las minorías étnicas.

Su principal objetivo es revertir la influencia del “marxismo cultural”, y lo *woke*, ambiguas denominaciones para satanizar la defensa del medio ambiente, las políticas de inclusión racial, los feminismos, la ayuda a los grupos vulnerables y políticas o programas sobre interseccionalidad calificados como extremistas que, según este credo, en realidad son excluyentes de los verdaderos ciudadanos.

La situación no era ajena a las disyuntivas que enfrentaban las universidades en diversos países de América Latina y de Europa frente a sus propios conservadurismos. Y una de las expresiones más radicales de esas corrientes ideológicas y políticas se encuentra en el texto *Mandato para el liderazgo. La promesa conservadora. Proyecto 2025. Proyecto para la transición presidencial*, publicado por la Fundación Heritage.³

En su “Prefacio”, el *Proyecto* asume que la base moral de la sociedad se encuentra en peligro bajo el dominio de la élite cultural globalista y exige borrar de todo reglamento federal, agencia regulatoria, contrato, financiamiento, regulación o de cualquier legislación existente, los términos orientación sexual, identidad de género, diversidad, equidad, inclusión, género, igualdad de género, conciencia de género, sensibilidad de género, aborto, salud reproductiva, derechos reproductivos. Sin contar con que se plantea impedir la difusión de la ideología transgénero que da pie, afirma el autor, a disparatados reclamos de libertad de expresión, de derechos de propiedad o de libertad sexual.

El conocimiento es de todos, señalan, por lo que la sofisticación intelectual, los títulos académicos avanzados, el éxito financiero, así como todos aquellos símbolos de estatus elitista, no son necesarios para la buena gobernanza⁴. En su análisis del fascismo, Robert Paris señala que en la Italia de Mussolini este movimiento fue un resurgimiento popular contra una minoría considerada usurpadora en la que “el pueblo significa aquí una categoría ética e ideal, esencialmente ahistórica, sin contenido efectivo. Este era el pueblo con el que procedería la ‘democracia fascista’”.⁵

El *Proyecto 2025* se propuso transformar de manera radical las instituciones educativas en todos sus componentes, así como intervenir en la vida académica de las universidades para imponer los valores conservadores en el conjunto social. El *Proyecto* prevé extirpar de la currícula de las escuelas públicas toda mención a la “teoría crítica de raza” y de “ideología de género”, conceptos que “envenenan a nuestros niños”.

En síntesis, esta agenda exige a la presidencia republicana promover oportunidades educativas “fuera del sistema *woke*” “de escuelas públicas y universidades” para optar por escuelas, estancias de aprendizaje y préstamos estudiantiles alternativos para financiar los planes de los alumnos en lugar de los “marxismos académicos”.

Para evitar romper su relación con el gobierno y los beneficios que esto implica, estas instituciones deberán reconocer que la libertad académica no es absoluta, por lo que, entre otras medidas, tendrán que evadir cualquier situación de menosprecio al pensamiento conservador y evitar manifestaciones a favor de “entidades” que hayan sido designadas como terroristas (término que engloba, por ejemplo, el apoyo a Palestina), por lo

que la universidad deberá tomar las previsiones para garantizar las restricciones necesarias de la libertad de expresión y manifestación.

A nombre de una *necesaria neutralidad* de las instituciones educativas, el pacto exige a las autoridades universitarias impedir por los medios punitivos adecuados que los miembros de su comunidad se manifiesten sobre asuntos políticos como institución y solo expresen sus puntos de vista de manera individual.

Algunas universidades decidieron allanarse aceptando el pacto, otras han intentado negociarlo para amainar los efectos en su vida interna. No es el caso del Massachusetts Institute of Technology (MIT), en cuya respuesta se mostró en desacuerdo, especialmente en aquello que tiende a limitar la libertad de expresión y la independencia de la institución.

La Unión de Universidades de América y el Caribe por medio de *Universidades*, ofrece una doble entrega (por un lado, este número en mano, 106, y su complemento, el 107, el próximo año, ambos coordinados por los doctores Martín Unzué y Miguel Ángel Urrego) como una amplia y rigurosa contribución al estudio de este tema primordial para el futuro de las instituciones de educación superior, para la educación en su conjunto y para el desarrollo democrático de los países latinoamericanos.

Como señala Martín Unzué, y aprovecho para concluir así, en estos esfuerzos cobran un lugar destacado y estratégico los espacios en los que se puede discutir, analizar e imaginar el devenir de un futuro incierto.

Javier Torres Parés

Notas

1. *Hellfire Nation. The Politics of Sin in American History* (2003). Yale University Press, New Haven, London, p. 3.
2. Kevin D. Roberts Foreword (2025), *A Promise to America*, p. 13.
3. “Mandate for Leadership” (2023). *The Conservative Promise. Project 2025. Presidential Transition Project*. Heritage Foundation, Washington.
4. *Ibid*, Foreword, pp. 8-10.
5. Robert Paris, *Les origines du fascisme* (1968), Flammarion, France, pp. 22, 26.